

pero no llegó á tiempo, sirviendo su marcha tan sólo para mantener en alarma á los pisanos é impedirles realizar su deseo de ir á Bientina.

Por entonces murió en el reino de Nápoles Camilo Vitelli.

Los venecianos, para infamar á los florentinos y privarles de la compasión que ya inspiraban, hicieron correr fama de que trabajábamos para que el turco emprendiera guerra contra ellos y contra la cristiandad.

#### AGOSTO DE 1496.

No había entonces tranquilidad en la Lunigiana, porque los marqueses de aquella comarca molestaban de continuo nuestro territorio. Por ello Borgo Rinaldi, noticioso de que querían saquear un castillo nuestro, organizó sus tropas y, puestas parte de ellas en una celada, se situó con la otra sobre un cerro que dominaba el terreno por donde venía el enemigo. Éste vió al amanecer á los nuestros y, por ser pocos, les desdeñó, juzgando segura la toma del castillo y nuestra derrota. Dividió, pues, su gente en dos cuerpos: situó uno en el punto por donde podía salir la guarnición del castillo, y envió el otro al cerro para atacar á los nuestros. Estos, al acercarse los contrarios, volvieron las espaldas, huyendo en el mayor desorden, para que el enemigo tuviera mayor deseo de perseguirles. Así le llevaron á la celada. Saliendo entonces los que estaban escondidos y volviendo los que huían, el combate cambió de aspecto. Acometidos por todos la-

dos, no pudieron escapar, como quisieron, y muchos fueron desvalijados. Al saber lo ocurrido, los que estaban delante del castillo huyeron, sin esperar que les echaran. Desde entonces, y durante algún tiempo, nada intentaron contra los florentinos.

Nuestro ejército contra Pisa fué entretanto á Vaiana y, acometido por el en emigo, le rechazó vigorosamente, y tomó la plaza. En esta acción murieron Nicolás de Marciano y dos hombres de armas franceses.

Después de esta conquista, vino un nuevo proveedor veneciano á Pisa con dinero, asoldó bastante gente de infantería, que animó mucho á los pisanos, y los nuestros, no juzgándose bastantes para tomar la ofensiva, determinaron estar á la defensa.

#### SEPTIEMBRE DE 1496.

Veíanse los florentinos atacados por todas partes, porque los pisanos hacían los mayores esfuerzos para quitarles el bastión de Stagno, donde enviaron tropas con artillería.

Habían además disminuido sus fuerzas por la retirada del duque de Urbino, descontento de la República á causa de que unos ciudadanos desconfiaban de él por su poca pericia en la guerra, y otros deseaban se marchase para reemplazarle con capitanes á su devoción. Sin embargo, su retirada fué peligrosa en aquel momento, por tener Florencia sobrados enemigos y por la sospecha de que el de Urbino se pusiera de acuerdo con los sieneses



y concurriera al ataque del bastión; sospecha que aumentó el ver al enemigo volver animoso á la citada empresa con más gente que la vez primera.

Resistieron los nuestros gallardamente el ataque; pero se temía que, de no recibir socorros, fueran vencidos, por lo cual se ordenó á Hércules Bentivoglio que, con sus tropas, viniera del territorio de Pisa; pero no le fué posible, por la situación apurada del ejército en aquel punto, pues los pisanos, animados por haber recibido nuevamente dinero, fueron con sus tropas á Santo Regolo, tomando y saqueando esta plaza y la de Lorenzana.

Contristaba á nuestras tropas no poder hacer frente al enemigo, y se temía la pérdida de Rassignano y de Lari. Para evitarlo fué el Comisario en persona á fin de proveer y municionar dichas plazas. Los florentinos, sin embargo, en sus frecuentes escaramuzas con los estradiotas, llegaron á perderles el miedo hasta el punto de que un hombre á pie no temía esperar la acometida de otro á caballo.

Parecía á los florentinos que era demasiada carga la que soportaban resistiendo solos á los venecianos, á los sieneses y á los marqueses de la Lunigiana y, deseosos de aminorarla, dieron esperanza á los marqueses de acceder á sus pretensiones. Así lograron desembarazarse de sus agresiones, y dedicaron á la guerra contra Pisa los gastos que hacían en la de Lunigiana. Sin embargo para no desconceptuarse con sus súbditos y con los otros Estados de Italia, determinaron atacar á Soiana, y enviaron al campamento á Pedro Capponi con dinero para asoldar nueva infantería. Fué con la artillería junto á la plaza, y cuando ordenaba situarla, estando detrás de un parapeto de troncos de encina, una bala de arcabuz que

atravesó el parapeto le hirió en la sien, cayendo instantáneamente muerto. Así murió un ciudadano más valeroso y elocuente que sabio, y más estimado por las virtudes de su abuelo y bisabuelo que por las de su padre y las suyas; tan versátil en sus actos, que Lorenzo de Médicis, hablando de él, solía decir que le parecía unas veces Neri y otras Gino (1). El día anterior predijo su muerte, considerando que el haberse roto el más grueso de los dos cañones conducidos para combatir los muros de Soiana, era augurio de la muerte del más reputado de los dos Comisarios, por lo cual, al escribir á fray Silvestre una carta dándole noticia de la expedición, le pedía que rogara á Dios por él. Muerto Capponi, el ejército, á las órdenes de Pedro Juan de Ricasoli, se retiró á sus anteriores posiciones.

Entretanto el enemigo sitiaba el bastión de Valiano y era preciso, para socorrerlo, pasar con el ejército por la vía de Soiano ó ir á Bitolle por detrás del campo enemigo, ó pasar por el puente, lo que no era posible. Para acordar lo que debía hacerse se reunieron en Foiano Pablo Antonio Soderini, comandante de Arezzo, Guillermo de Pazzi, comisario de Cortona, y Tomás Tosinghi, y determinaron que Guillermo de Pazzi fuera con el ejército y los otros volvieran á Foiano.

Rechazado al fin Juan Savello del bastión que atacaba, retiróse con cuantas tropas pudo reunir á Montichiello, á tres millas de Montepulciano, porque, al querer guarecerse en esta plaza, le rechazaron ignominiosamente, amenazando tratarle como enemigo.

Al día siguiente los nuestros, no satisfechos con la

(1) Llamábase Neri de Gino Capponi.



victoria obtenida, determinaron atacar á los restos del ejército pisano, y dispuesta una emboscada en la selva, enviaron delante un cuerpo de caballería ligera que no encontró á nadie, se esparció por la campiña y robó y quemó las posesiones de los de Montepulciano.

Llegó por entonces á Florencia un embajador del Emperador, manifestando que el Rey de Romanos quería bajar á Italia para ir á Roma, y que su intención era restablecer la paz en la cristiandad, empezando por Italia. Pedía que los florentinos se declararan en favor de la Liga, quejándose de su adhesión á los franceses, y que cesaran en sus ataques á los pisanos.

Respondieronle que enviarían embajadores, siendo nombrados al efecto el obispo Pazzi y Francisco Pepi, que partieron el 14 de Septiembre. Sus instrucciones consistían en demostrar al Emperador la necesidad que habían tenido en todos los tiempos de seguir á Francia antes de que los franceses vinieran á Italia, mientras en ella estuvieron, y después de partir, por impotencia primero, por necesidad después, y últimamente por observancia de los tratados; haciéndole comprender que su alianza con los franceses, por no depender de su voluntad, no merecía alabanza ni vituperio y que, si encontraba medio de que no violasen sus compromisos, entrarían en la Liga. Respecto á Pisa, que S. M. ignoraba sin duda la justicia de nuestra causa, pues, de saberla, no haría tal demanda. Encargaronle también que secretamente le hicieran comprender cómo el combatir á los florentinos convenía tan sólo á los venecianos, quienes pronto le darian en qué pensar.

Estaba de embajador en Milán Francisco Gualterotti, con quien debían reunirse.

No encontraron en Milán los embajadores ni al Duque ni al Emperador; pero supieron que estaban en Tortona; fueron allí, encontrando al Duque, más no al Emperador, que había marchado á Génova para estar en tierras suyas y asustar más á los florentinos.

Determinaron los embajadores hablar con el Duque, y le recordaron la antigua amistad de su familia con el Gobierno florentino; excusando las cuestiones pasadas con la necesidad que les apremiaba, y excitándole á que se ocupara más de sus vecinos los venecianos, que podían ofenderle, que de nosotros los florentinos, obligados á mantener su poder.

Contestóles benévolamente que había sido la causa de la libertad de los florentinos y quería ser mantenedor de ella, pero les aconsejaba se portaran como buenos italianos con los demás potentados de Italia; que, en verdad, les prometió Pisa otras veces si se adherían á la Liga, pero ahora no podían prometerlo ni él ni ningún otro príncipe, por ser asunto correspondiente á la Liga y no á alguno de los aliados, por lo cual les aconsejaba hicieran una de estas tres cosas: ó entrar en la Liga y esperar por medio de ella la posesión de Pisa, ó poner *de justicia* la causa de Pisa en manos del Emperador; ó hacer saber á éste que harían lo que le agradara, y dejarse gobernar por él.

Respondieron convenientemente los embajadores á esta proposición del duque de Milán y, como el Emperador estaba junto á Génova, no quisieron presentarse á él sin nuevas instrucciones del gobierno florentino, al cual manifestaron que el Emperador había pasado con mil infantes y trescientos caballos.

Insistía mucho el duque de Milán en que los floren-



rentinos debían adherirse á la Liga, en lo cual consistía su salvación y la recuperación de Pisa, y que, de no hacerlo, perderían la libertad, amenazándoles con el Emperador y con toda la fuerza de la Liga, cosa que no pesaría á los venecianos ni á ningún otro Estado. Procuraba, pues, el Duque amenazar por una parte, y por otra aconsejar que entregáramos Pisa al Emperador, porque, deseando privar de ella á los venecianos, era aquella ocasión oportuna y haría todo lo posible por aprovecharla.

Fueron á Génova los embajadores por orden del Gobierno florentino; llegaron allí el día 4; hablaron al Emperador el día 6, con todas las ceremonias usuales, y después, en audiencia secreta, le dijeron lo que antes hemos referido. A esta audiencia asistieron el duque de Sajonia, el consejero Marco Valdo y un Protonotario que representaba al Pontífice. Los embajadores salieron de la audiencia á sitio inmediato y, al poco tiempo, se unieron á ellos el Protonotario y Marco Valdo, fingiendo haberles oído que los florentinos querían poner en sus manos la cuestión de Pisa, y alabando esta determinación. Pero los embajadores respondieron que no se trataba de tal cosa; que queríamos la libre posesión de Pisa; que la buena fe del Rey de Romanos era notoria, pero el gobierno de Florencia no consideraba prudente comprometer sus derechos. Discutióse mucho, y el Emperador puso término al debate declarando que al día siguiente partiría para Liorna. No quedó nada resuelto y en dicho día se embarcó.

Formaban su armada cuatro naves gruesas, seis galeones, ocho galeras ligeras venecianas y dos genovesas y dos grandes barcas. Con él fueron el conde de Caiazzo, dos embajadores venecianos, uno del Rey y otro del Papa.

Las tropas propias del Emperador eran mil quinientos infantes y doscientos caballos.

Envió el Emperador los embajadores de Florencia al duque de Milán, diciéndoles que éste les daría respuesta, y fueron á Milán; pero, apenas llegaron, recibieron despachos de Florencia ordenándoles volver inmediatamente á esta ciudad. Juzgaron, sin embargo, conveniente, ya que la suerte les había llevado allí, hablar con el Duque, y fueron presentados ante él, á presencia de todos los embajadores de la Liga. El Legado del Papa les dijo que, debiendo responder á nombre del Emperador, deseaba saber de nuevo lo que le habían dicho. Conocieron nuestros embajadores lo que significaban aquellas argucias, y contestaron que nada debían decir, ni desear, ni oír, por haberles llamado su gobierno, á causa de lo cual, con su licencia, partirían.

Admiró al Duque y al Consejo esta respuesta, y les pidieron de nuevo que tuvieran á bien repetir lo que habían dicho *en público*, si no querían decir lo manifestado privadamente. Los embajadores nada dijeron, y el Duque añadió: «¿Vuestro silencio proviene de excesiva prudencia ó de mala voluntad?» Manifestaron entonces que lo producía la mala voluntad de otros, no la suya; que era inútil repetir lo que ya se sabía; que si querían dar respuesta la llevarían á Florencia, y si no, podían darla cuando quisieran á maese Francisco Gualterotti, que allí quedaba. Al día siguiente conferenciaron el Rey de Romanos y el Duque y, en vista de que los embajadores no querían ceder, poniendo Pisa en manos del Emperador, después de largo debate, les dieron licencia.

Apenas entraron en su casa cuando llegó un secretario del Emperador con respuesta de este *in scriptis*, que



durante tres días había sido preparada por el Duque y por los embajadores de la Liga. Enviaron esta respuesta á Florencia y partieron en seguida.

Estas negociaciones se hicieron hasta el 18 de Octubre de 1496, y después fué Francisco Pepi de embajador á Milán, para reemplazar á Francisco Guatelrotti, quien partió el 12 de Abril de 1497.

El Rey de Romanos fué á Vigevano para ajustar un tratado con los venecianos y el Duque, y después se dijo que había venido á Génova.

Súpose que Aníbal Bentivoglio, por orden de los venecianos, iba á Pisa con ciento cincuenta lanzas, y considerando que esto era de importancia, fué enviado á Barga maese Criaco y el conde Ranuccio para impedirle el paso, pero no lo consiguieron. Al llegar Bentivoglio á Pisa, Lucio Malvezzi, que era del bando opuesto al suyo, volvió á Lombardia.

Por la muerte de Pedro Capponi fué enviado al ejército Antonio Canigiani, para ordenar y reanimar las tropas, envilecidas y desorganizadas, no sólo por la muerte del general, sino también por la llegada de Bentivoglio á Pisa y del Emperador á Liorna, que arribó, procedente de Génova, con unos cuatro mil hombres de á pie y á caballo embarcados en siete naves y diez galeras.

La venida de este ejército infundió gran temor en Florencia, por creer que los tudescos sitiarian á Liorna y los italianos se apoderarían de las colinas y otras posiciones de tierra adentro. No se veía medio de que la República, extenuada por tan larga guerra, pudiera, ó socorrer á Liorna, ó rechazar los ataques de las tropas italianas, y de fracasar cualquiera de ambas empresas, la independencia del Estado quedaba en peligro.

En medio de estas incertidumbres animaron á los florentinos las debilidades é irresoluciones del Emperador, y el notar que, pasados algunos días desde su llegada, no ocurría nada de lo que estaban temiendo. A esta esperanza se añadió el saber que ni los pisanos ni los venecianos se fiaban del Emperador, temiendo aquéllos que quisiera privarles de su libertad, y éstos que les alejara de Pisa por sugerencias del duque de Milán, sabiéndose además que los venecianos dilataban la entrega al Emperador del dinero que debían darle conforme al tratado.

Todo esto animó á los florentinos, infundiéndoles esperanza de evitar fácilmente el peligro, si no se descuidaban, máxime esperando por la vía del mar auxilios de Francia que, según los avisos recibidos, no podían tardar mucho.

Ordenaron á Antonio Canigiani retirarse con todo el ejército á Montopoli, punto estratégico desde el cual el enemigo podía realizar su empresa ó retirarse si le era preciso. Enviaron á Liorna al conde Checco, con trescientos hombres que á pesar de la gran lluvia y por medio de los enemigos, quienes á causa del mal tiempo habían abandonado las guardias, entró en la ciudad.

Entretanto, el Emperador ordenaba hacer un puente en Stagno, para poder avanzar ó retroceder con su ejército, según le conviniera; y para proporcionar reputación á sus tropas y asustar al enemigo, envió un destacamento hacia Bolgheri. Pidieron los alemanes al gobernador de esta plaza que les diera entrada, y nególa éste más bien de palabra que con los hechos, porque, al llegar aquéllos á los muros, rindiéronse los de dentro, y el enemigo les mató en las casas y en las iglesias sin perdonar sexo ni edad.



Transcurrieron así algunos días con más miedo que daño, al cabo de los cuales aparecieron en el mar siete naves gruesas francesas que conducían mil infantes con Carlos Orsino y Vitellozzo. Cuando el enemigo vió esta armada se retiró con sus barcos al amparo de la Meloria y los franceses arribaron al faro de Liorna.

Este socorro hizo que las tropas de tierra se retiraran hacia Stagno y, al cabo de algunos días, cobrando ánimo, volvieron al sitio de Liorna, con determinación de asaltarla. Pero como si no bastara el auxilio humano á Liorna, una gran tempestad privó de recursos al enemigo, y el Emperador juzgó imposible continuar el sitio sin peligro suyo, teniendo casi perdida la armada, y estando intacta la de los franceses en el puerto, por lo cual, renunciado á todo ataque por mar, se internó con el ejército para sitiar á Montecarlo.

Estaba ya á menos de tres millas con sus tropas ordenadas, cuando le llevaron un campesino luqués que la vanguardia había cogido en el camino, quien, por propia voluntad, ó por orden de Antonio Giacomini, Comisario en Montecarlo, le aseguró que había en esta plaza dos mil infantes, y en el valle, detrás de la colina, más de mil caballos, cuyas tropas habían llegado la noche anterior. Oído esto por Maximiliano, bien fuera que lo creyese, bien que le conviniera aparentar creerlo, disgustado por parecerle que habían descubierto sus intentos en aquella empresa, volvió bridas y, sin pedir consejo á nadie, por medio de sus tropas dirigióse á Pontremoli, sin querer dar explicaciones á ninguno ni hablar al conde de Caiazzo hasta que estuvo en Lombardia. Así dejó libre de tudescos la Toscana, partiendo por lo que le dijo un campesino de donde, por la persuasión de un Du-

que tan ligeramente había entrado; porque nada hay tan irresoluto como un ánimo suspicaz.

#### DICIEMBRE DE 1496.

Quando por la parte de la Romana Guillermo de Pazzi hizo levantar el sitio del bastión de Valiano y puesto en fuga al enemigo, volvió á Cortona, dejando la custodia de aquel punto á Tomás Tosinghi, quien, por comprender que con la fuerza no podía hacer daño á los de Montepulciano, apeló á la astucia. Buscaba un medio de vencerles, cuando se le ofreció un fraile franciscano, natural de Lombardia, que le prometió valerse de su industria para hacer llaves falsas de las puertas de la plaza, y de este modo facilitarle una noche la entrada. El intento fracasó porque, probando el fraile las llaves rompió una en la cerradura, lo cual hizo en lo porvenir más cautos á los de Montepulciano y privó de esta esperanza á Tosinghi. Para aparentar que no desistía de sus propósitos intentó de nuevo corromper á Antón Tarugi y, á fin de seguir con toda atención este negocio, se pactó con los sieneses una tregua de dos meses. Convenido con Tarugi cómo y cuándo se presentarían ante los muros, fueron reunidas las tropas y se tomó á sueldo de la República á los Vitelli y á los Baglioni (1).

Partió el Emperador, y temerosos los pisanos y anima-

(1) Sigue á este párrafo una laguna de varias líneas en el manuscrito, y al margen hay una nota que dice: «Preguntar á Tomás Tosinghi.»